

PERIODOS ARQUEOLOGICOS EN EL CONTINENTE AMERICANO

Por: Priscilla Burcher de Uribe

Los arqueólogos han diseñado periodizaciones para ordenar los materiales arqueológicos en unidades espaciales y temporales, teniendo en cuenta fundamentalmente las características morfológicas o los atributos estilísticos de los artefactos. En ese sentido, un período arqueológico pretende juntar y denominar de la misma manera todas las expresiones culturales que se cree hacen parte de la misma tradición.

Se ha señalado críticamente que toda periodización es evolucionista. Posiblemente eso sea cierto, pero también es innegable que no hay región en el mundo donde la historia haya sido estática. Nadie podría citar un sitio donde los materiales arqueológicos más recientes sean iguales a los más antiguos. Por eso, aunque los cambios sean muy lentos en unos casos, o muy rápidos en otros, éstos han ocurrido a lo largo del tiempo. La tarea del arqueólogo consiste precisamente en documentar y explicar esos cambios.

En ese sentido, uno de los objetivos de la arqueología es la presentación o exposición de los cambios ocurridos en el pasado. La formulación de períodos es simplemente una forma organizada de presentar esos cambios. Lógicamente, como lo han señalado algunos, no hay nada inherente en las periodizaciones. Estas, lo mismo que el establecimiento de tipologías para los artefactos, no son más que medios para ordenar los datos según criterios que cada arqueólogo considera son los más pertinentes o adecuados. Generalmente se toma la aparición de un nuevo utensilio o de un conjunto de utensilios como un buen marcador del inicio de un nuevo período arqueológico.

Willey y Phillips (1970) han señalado que todas las periodizaciones tienen en cuenta uno o varios de estos factores:

- a) El contenido formal de los elementos arqueológicos, o los tipos característicos;
- b) Su distribución en un espacio geográfico, y
- c) Su duración en el tiempo, o sea su cronología.

A medida que se fueron desarrollando las investigaciones arqueológicas en cada región y país, cada arqueólogo fue estableciendo secuencias locales y regionales, teniendo en cuenta los factores señalados por Willey y Phillips. Dada la multiplicidad de denominaciones que surgieron para cada región, Willey y Phillips las examinaron y presentaron una nomenclatura única de periodizaciones que cubría a todo el continente americano. Esta periodización ha sido, desde ese entonces, una de las más utilizadas y la más aceptada por los diferentes expertos americanos.

El propósito de Willey y Phillips era el de poner orden en el caos taxonómico en que se hallaban las diferentes secuencias de cada región, a fin de crear, lo que podría llamarse, un lenguaje común que permitiera llamar de la misma manera los hallazgos hechos en las diferentes regiones, si éstos pertenecían a una misma tradición.

Willey y Phillips definieron una tradición arqueológica como una “continuidad temporal representada por características persistentes en diferentes tecnologías o en otros sistemas de formas relacionadas” (Willey y Phillips 1970:37). La metodología que siguieron para formular sus períodos fue la de revisar todas las secuencias locales y regionales de América y compararlas entre sí, buscando aquellos elementos que les permitían hacer generalizaciones. De esa manera ellos formularon unos períodos que llamaron Etapa Lítica, Arcaica, Formativa, Clásica y Post-clásica.

Aquí sólo me detendré en la llamada Etapa Lítica, que es la que tiene que ver con los primeros pobladores del continente. Según ellos, el nombre de “Lítico” no fue completamente satisfactorio, pero no encontraron otro mejor. Señalaban que “su único mérito es que la evidencia de esta etapa entraba predominantemente en esta categoría de tecnología lítica” (Willey y Phillips 1970:79).

Criticaban además los términos más comúnmente aplicados a esta etapa de “Paleoindio” y “Paleoamericano”, por cuanto implicaban una gran división de la prehistoria americana con un Neindio o neoamericano

como contraparte. Para ellos, la etapa Lítica era el período de adaptación de las sociedades inmigrantes a las condiciones climáticas y fisiográficas del último período glacial y del inicio del postglacial.

Los hallazgos que Willey y Phillips estudiaron para este período los hacían concluir que, "la actividad económica predominante fue la cacería con énfasis en grandes hervíboros, incluyendo formas pleistocénicas extintas, y que el patrón general de vida, como el de los animales sobre los cuales dependían, era migratorio en el sentido completo de la palabra (1970:80). Pero no descartaban que además de la cacería estuvieran presentes otras pautas económicas, como la recolección. Sin embargo, dadas las condiciones climáticas de ese entonces, consideraban que la cacería debió prevalecer sobre la recolección.

El problema de la concordancia entre contenido y tiempo que más tarde plantearía Alex Krieger, ya ellos lo anunciaban cuando advertían sobre el caso de persistencia de industrias líticas, típicas de la llamada etapa Lítica que se encontraban lado a lado en culturas que por otros elementos ellos clasificaban como Arcaicas.

Como puede verse, el principal criterio que tuvieron Willey y Phillips para dividir los períodos preagrícolas fue tecnológico, en cuanto hace referencia a los tipos de artefactos y a las tradiciones en su tecnología. Hasta cierto punto, esas tradiciones tienden a encontrarse en los mismos lapsos de tiempo, pero eso no descarta la posibilidad de que persistan en períodos subsiguientes.

Alex Krieger es tal vez el arqueólogo que más polémicas ha suscitado con los períodos que propuso para organizar el material arqueológico en América. Su periodización fue expuesta por primera vez en 1962 en un simposio de arqueólogos, y más tarde formulada en un artículo publicado en 1964. Allí, Krieger criticaba la creencia generalizada en ese entonces de que las culturas más antiguas de América eran aquéllas donde estaban presentes puntas de proyectil. Esas puntas tenían una fecha máxima de 13.000 años, lo cual implicaba, obviamente, toda una formulación teórica sobre la antigüedad del poblamiento de América. Krieger consideró que la evidencia arqueológica desbarataba esos supuestos y fue así como presentó un esquema de etapas para América como un mecanismo para facilitar la discusión y comparación de materiales arqueológicos y muy especialmente aquéllos que él consideraba más antiguos y que por tanto, en ese momento, eran bastante polémicos. Postuló los siguientes períodos precerámicos:

- a) Prepuntas de proyectil,
- b) Paleoindio, y
- c) Protoarcaico.

El período que más revuelo causó fue naturalmente el de “prepuntas de proyectil”, que definía así: “Había un bajo nivel en la tecnología para trabajar la piedra, similar a la etapa del Paleolítico inferior en el Viejo Mundo. Todos los objetos se hicieron por percusión solamente; pueden llamarse artefactos de núcleos y de lascas, pero con frecuencia esa distinción es difícil de hacer. Generalmente, aunque no siempre, son muy grandes y pesados. También hay utensilios de guijarros, pero varían mucho en su frecuencia. El hecho de la percusión no describe adecuadamente la tecnología; aún más importante es la aparente inhabilidad de la gente de esta etapa para aplanar y adelgazar los artefactos lo suficiente para producir lo que se llamarían puntas de proyectil y cuchillos bifaciales de forma delgada” (Krieger 1964:42).

Krieger presentó una impresionante lista comentada de sitios que corresponderían a este período, muchos de los cuales él mismo visitó y estudió personalmente. Pero lo más novedoso es que las fechas conocidas indicaban que esa etapa se habría iniciado hace unos 35.000 a 40.000 años en Norteamérica. Sin embargo, él fue muy enfático en señalar la separación que debía establecerse entre los problemas de contenido y aquéllos cronológicos. Según Krieger, “cualquier etapa puede y debe ser reconocida por sus rasgos distintivos, incluyendo su nivel tecnológico y su nivel económico, sea que su edad sea conocida o no” (1964:31). Sin embargo, aunque la distinción parezca muy sutil, él no asumía que los materiales culturales puedan fecharse por su morfología, sino que la forma y tecnología de los artefactos indicaban una etapa de desarrollo, siendo la fechación del mismo un problema separado. Por eso señalaba que, “pueden tenerse o no las fechas y las etapas pueden empezar y finalizar en diferentes épocas en las diversas regiones” (Krieger 1964:42). Él fue muy enfático en afirmar, que al igual que para situaciones históricas conocidas, una etapa particular podía perdurar más o menos en el tiempo, según las circunstancias. De ahí que puntualizara: “Deseo corregir la impresión que pueda haber causado de creer que todas las colecciones enumeradas bajo el título de pre-puntas de proyectil, tengan la misma antigüedad en todos los sitios de América donde puedan ser encontradas. Es obvio que eso es imposible” (Krieger 1965:157).

La definición de etapas de Krieger implica que cada una de ellas es reconocida por la presencia o ausencia de ciertos rasgos, en forma independiente de la fechación de los mismos. Esos rasgos claves o diagnósticos, deben incluir sobre todo a los objetos más fácilmente identificables, para ayudar a la comparación con otros conjuntos arqueológicos. Por eso señalaba que, "No debe existir confusión entre *contenido* y *tiempo*. El ideal es conocer las fechas de los materiales arqueológicos, pero generalmente es difícil hacer fechaciones; en cambio, el simple reconocimiento de ciertos niveles tecnológicos puede y debe hacerse sin fechaciones, aunque sólo sea para añadir a nuestro conocimiento el de su distribución geográfica" (Krieger 1965:156). En ese sentido, las etapas formuladas por Krieger, sólo deben tomarse como *etapas tecnológicas*.

Lo cierto es que la formulación de Krieger, lo mismo que el material que presentó como perteneciente a la etapa de prepuntas de proyectil, con algunas fechaciones para la misma, causó un impacto enorme. Aunque él trató de desligar esta etapa del problema de las fechaciones, de todas maneras, en su mayoría denotaban una gran antigüedad, muchísimo mayor que la aceptada hasta ese momento. Las demás etapas obviamente no fueron tan polémicas, pero de todas maneras, sobre todo la siguiente de "Paleoindio" es importante por cuanto él le dio un sentido preciso, que antes no tenía.

A pesar de que el término de paleoindio se venía usando más o menos desde 1940, existía una imprecisión sobre lo que debía cubrir. Krieger criticó que algunos estudiosos atribuyeran al paleoindio todo hallazgo asociado a animales pleistocénicos extintos, mientras que simultáneamente otros sólo usaban el paleoindio para referirse a hallazgos asociados a puntas de proyectil. Al mismo tiempo otros usaban el término de paleoindio para referirse a los hallazgos más antiguos, sea con puntas de proyectil o no. Y sobre la finalización del paleoindio existían tantas discrepancias como sobre su inicio.

Krieger intentó poner orden en ese caos taxonómico. En primer lugar, señaló que no debía usarse el término de paleoindio para referirse a hallazgos pertenecientes a la etapa de prepuntas de proyectil, la cual sería anterior. También definía al paleoindio en términos tecnológicos así: "El astillado por percusión de los artefactos continuó, pero está mejor controlado, de tal manera que las superficies están trabajadas para producir los artefactos relativamente delgados y planos que pueden llamarse puntas de proyectil y/o cuchillos" (Krieger 1964:51). Hablando cronológicamente, la aparición de puntas de proyectil si tiene fechaciones

seguras. En Norteamérica aparecen desde hace unos 13.000 años, y en Suramérica generalmente son postglaciales, estando ausentes en las secuencias arqueológicas hasta hace unos 10.000 años. En cuanto al último período precerámico, el protoarcaico, Krieger lo definía así: "Está marcado en el continente americano por la aparición de implementos para machacar los alimentos, como las manos y los moledores, y en menor medida por morteros y metates. Fueron objetos hechos por el proceso de picado y subsiguiente pulido de las superficies, el cual fue hecho más que todo por el uso que se les dio" (Krieger 1964:59).

Al analizar la contribución de Krieger al estudio de la arqueología americana, puede decirse que si bien hoy en día la mayoría de los arqueólogos aceptan su etapa de prepuntas de proyectil, la verdad es que no muchos usan dicho término. Posiblemente su mala fortuna se debe simplemente a que es muy largo y otros nombres más cortos, como el de "Lítico", han sido preferidos, aunque dándole el significado que Krieger le quiso dar al de pre-puntas de proyectil.

Por otro lado, lo que Krieger más enfatizó y menos fue comprendido, fue la separación que hacía entre contenido y tiempo. Para él era una realidad la posibilidad de que dos etapas se hubieran dado lado a lado en cualquier región. Afirmaba que, "Tenemos ejemplos de esto en diferentes partes del mundo en tiempos históricos, donde un grupo cultural o étnico continúa viviendo en un estado muy primitivo, mientras que sus vecinos son considerados como más avanzados. No hay razones para dudar que esto sucedió igualmente en el pasado distante" (Krieger 1964:41). El error ha sido pues el pretender darle fechas absolutas a períodos tecnológicos. Esta verdad tan simple, pero a veces tan difícil de comprender ya había sido expuesta por Gordon Childe desde 1936. El establecía una distinción entre *edades geológicas* y *edades arqueológicas*. Las primeras se medirían en términos absolutos de tiempo, mientras que las segundas sólo podrían medirse en términos relativos para cada región del mundo. Childe resaltaba que las edades arqueológicas, "no deben ser confundidas con períodos absolutos de tiempo, como las eras de los geólogos. En una localidad cualquiera, cada edad no ocupa realmente un período definido de tiempo histórico. En todas las regiones, las diferentes edades se siguen las unas a las otras en el mismo orden. Pero no principiaron y tampoco terminaron simultáneamente en todo el mundo. No debemos imaginarnos que en un momento dado de la historia del mundo resonó una trompeta en el cielo y todos los cazadores, desde China hasta Perú arrojaron al instante sus armas y trampas y comenzaron a cultivar trigo, arroz o maíz y a criar cerdos, ovejas y pa-

vos" (Childe 1967:58). Por eso, uno de los méritos de Krieger fue el de recordarnos de nuevo que las edades o etapas arqueológicas no corresponden a períodos de tiempo universal.

En la arqueología colombiana ha sido común usar una periodización utilizando los términos de Paleoindio, Mesoindio y Neoindio, y sobre todo el primer término. Probablemente el auge de esa taxonomía se ha dado en parte por reflejo, ya que es la más usada en la arqueología venezolana y caribeña. Los arqueólogos Irving Rouse y José Cruxent si bien no inventaron esa periodización, si son los que más la han popularizado, sobre todo para Venezuela y el Caribe. Es posible que la popularidad de esos términos en Colombia esté justificada por las estrechas similitudes entre los desarrollos culturales prehispánicos tanto en Venezuela como en Colombia. Rouse y Cruxent han usado esa periodización con el siguiente significado:

El PALEOINDIO cubre desde que el hombre llegó a América hasta más o menos el 5.000 a.C. Abarca sobre todo las fases finales del Pleistoceno, pero también parte del postglacial. Como puede observarse, cubre lo que Willey y Phillips llamaron Lítico, y también conjuntamente lo que Krieger llamó etapa prepuntas de proyectil y paleoindio. Es importante distinguir que Krieger usaba el término de paleoindio sólo para referirse a fases caracterizadas por la presencia de puntas de proyectil, pero en cambio Rouse y Cruxent usan el término para referirse a un período más vasto, *con o sin puntas de proyectil*. Cuando ellos hablan del paleoindio, se refieren a complejos arqueológicos sin puntas de proyectil, caracterizados por choppers burdos, y también complejos más recientes con puntas de proyectil. Obviamente este manejo diferente de los conceptos conduce a una tremenda confusión. Es como si un zoólogo al hablar de "caballo" incluyera ciertos especímenes que otro zoólogo no tuviera en mente cuando también habla de "caballo". Esta ambigüedad es la que hace necesario que siempre que alguien se refiera al paleoindio, tenga forzosamente que especificar si el término lo está usando con el significado que le da uno u otro autor. Y en la práctica esto generalmente no se hace.

El MESOINDIO de Rouse y Cruxent cubre el tiempo que va más o menos del 5.000 al 1.000 a.C. Este período sería el resultado de la extinción de la fauna pleistocénica. Según Rouse, "esto habría conducido a una búsqueda de nuevas fuentes alimenticias, con resultados que variaron entre una región y otra" (1964:396). Entre esas manifestaciones están los conchales, aunque en otros casos, continuó la dependencia sobre la cacería de animales pequeños.

El NEOINDIO cubriría el período comprendido entre el 1.000 a.C. y la conquista de América. Se habría iniciado cuando, "las plantas y las técnicas agrícolas fueron mejoradas hasta el punto de convertirse en la principal fuente de alimentos" (Rouse 1964:400).

Otras periodizaciones más recientes son las de Thomas Patterson y Edward Lanning por un lado, y la de Richard MacNeish por el otro. Las apreciaciones de Lanning y Patterson se enmarcan dentro de lo que Willey y Phillips llamaron el período Lítico. Lo que ellos hacen, podría decirse que es darle mayor precisión al período Lítico y distinguir regiones características y fases dentro del mismo período. Los planteamientos que hacen le dan un vuelco radical a la imagen que generalmente se tiene de las culturas pleistocénicas. Luego de un análisis de los instrumentos líticos, ellos señalaron que no observan evidencia alguna que indicara un patrón de vida basado en la cacería. Según sus análisis, los líticos correspondientes a ese período indicaban más una orientación hacia el trabajo de la madera y el hueso, que según ellos probablemente se relacionaba con la extracción de fibras de las plantas.

Retrocediendo, desde tiempos postglaciales hacia el Pleistoceno, ellos distinguen varios complejos líticos:

COMPLEJOS LITICOS POSTGLACIALES: se trata de campamentos de cazadores y recolectores del postglacial cuyos utensilios de piedra se caracterizan por puntas de proyectil bien hechas, cuchillos de hojas, raspadores y punzones trabajados por presión. Algunos de estos conjuntos también incluyen piedras de moler y otros implementos líticos para la preparación de alimentos vegetales.

HORIZONTE ANDINO DE BIFACES: se trata de una industria lítica con una amplia difusión en Venezuela, Perú, Chile y Argentina, y cuyos hallazgos se han fechado entre el 10.000 y el 8.000 a.C. Se trata de conjuntos líticos que carecen de los típicos artefactos postglaciales. Se caracterizan por chooping tools alargados y puntas de lanza burdamente trabajadas en ambos lados por percusión. Según Lanning y Patterson, la evidencia arqueológica sugiere que esas industrias de bifaces avanzaron hacia el sur desde Venezuela y tal vez de Colombia, reemplazando unas antiguas industrias de buriles en cada región. Con la evidencia que ellos estudiaron, no se atrevían a postular si esos cambios implicaban el reemplazo de las poblaciones humanas, o simplemente la difusión de una nueva economía y de los conjuntos de herramientas asociadas a ella.

De otro lado Lanning y Patterson definieron dos conjuntos líticos pertenecientes a un período anterior al 10.000 a.C. y por lo tanto anterior al horizonte andino de bifaces. Son dos conjuntos diferentes por sus características y también porque han sido hallados en regiones diferentes. Son:

INDUSTRIA DE BURILES: del 12.000 al 10.000 a.C. Se trata de hallazgos hechos en Ecuador, Perú y Chile, caracterizados por implementos líticos muy pequeños que incluyen muchos buriles, a manera de cinceles, para trabajar la madera y el hueso.

INDUSTRIA DE CHOPPERS: del 12.000 al 10.000 a.C. Se trata de choppers burdos y en general herramientas pesadas trabajadas por ambos lados. El prototipo de esta industria se ha hallado en diferentes sitios en Venezuela. Según Lanning y Patterson esta industria de choppers fue ancestral al horizonte andino de bifaces.

Al hacer un balance del inventario de herramientas de los sitios más antiguos, Lanning y Patterson plantean que los artefactos más antiguos son aquellos que parecen tener la función de trabajar la madera y el hueso. Entre ellos hay choppers, cinceles, herramientas dentadas y bifaces. Están ausentes puntas de lanza y raspadores con bordes suavizados —que según ellos serían indicativos de la preparación de pieles—. En cambio, son muy abundantes los raspadores burdos, que ellos creen se usaron para extraer fibras de las plantas. En conjunto, esa evidencia los llevó a afirmar que, “la población humana del Pleistoceno le dio poco énfasis a los animales de cacería de la clase que habrían sido cazados con lanzas, o que habrían proveído al cazador tanto con pieles como con carne. Al mismo tiempo la mayoría de los implementos de piedra no muestran una especialización particular que sugieran la pesca o la recolección de plantas como modo de vida. En su lugar, la mayor parte de los artefactos parece que fueron herramientas secundarias, es decir, herramientas para la fabricación de herramientas primarias. No nos informan de manera alguna sobre qué clase de herramientas primarias —hechas de madera o de hueso— tenían los antiguos suramericanos” (Lanning y Patterson 1967:68).

Estos dos arqueólogos observan que la mayor parte de los sitios pleistocénicos suramericanos fueron canteras o sitios de trabajo de líticos, aunque algunos de ellos es posible que también se utilizaran como campamentos. La mayor parte de esos sitios están localizados entre colinas

cercanas a ríos o quebradas, aunque en algunos casos esas fuentes de agua ya no existan. En general, las áreas preferidas fueron boscosas, aunque también se explotaron otros ambientes.

Por el estudio que ellos hicieron de sitios arqueológicos del Pleistoceno en Suramérica, ellos afirmaban que los grupos humanos eran pequeños con una economía de caza y recolección generalizada, en la cual predominaban los alimentos provenientes de las plantas, y posiblemente en algunos casos los alimentos marinos. Al igual que la mayor parte de los recolectores de alimentos, su patrón de vida se caracterizaría por migraciones estacionales de un lado al otro de un territorio, aprovechando la maduración de diferentes plantas alimenticias a lo largo del año.

Al analizar los planteamientos de Lanning y Patterson, lo que más llama la atención es su tesis de que los más antiguos complejos líticos de Suramérica *no indican una economía basada en la cacería de grandes herbívoros*. Esa tesis está basada en el supuesto de que las herramientas halladas son de carácter secundario, para la fabricación de herramientas primarias. Ellos suponen que éstas últimas no sobrevivieron la acción del tiempo por las características de la materia prima con que fueron hechas, madera y hueso. Básicamente postulan una economía de recolección, siendo la cacería más que todo una especialización tardía asociada a la difusión de puntas de proyectil.

Como puede observarse, toda la argumentación de Lanning y Patterson está basada en *la interpretación que hacen de la función que tuvieron los artefactos hallados en sitios pleistocénicos*. Según ellos, los mismos no estaban directamente relacionados con la obtención del alimento, sino con la fabricación de otros supuestos artefactos, no hallados en los sitios y que si debieron cumplir la función de mediar en la consecución de los alimentos. El problema radica en que con la misma lógica se podría señalar que las hipotéticas herramientas primarias estaban dirigidas a la pesca, o a la caza o a la recolección. ¿Con qué criterio se determina, las características de unas herramientas inexistentes, partiendo solamente de otras, que ellos calificaron de secundarias? Lo único claro es que sólo futuras investigaciones podrán confirmar o cuestionar los planteamientos de Lanning y Patterson, pero con el estado de conocimientos actual, no se tienen muchos elementos para un debate de este tipo.

Por su parte, Richard MacNeish también ha elaborado un esquema que pretende ubicar las tradiciones líticas en Suramérica. Esa periodización

está basada fundamentalmente en las investigaciones que el mismo hizo en Ayacucho, Perú. Comenzando por las más antiguas, él las ordenó así:

1. **TRADICION DE HERRAMIENTAS DE NUCLEO:** desde hace unos 25.000 hasta hace unos 15.000 años. Cuando definió esa tradición (1971), solamente aparecían como representantes de la misma los estratos más antiguos de Ayacucho, y en Norteamérica el sitio de Calico, en Calico, California. Indudablemente en la actualidad, cuando ya se han realizado más investigaciones, hay más hallazgos que pueden ubicarse dentro de esta tradición. Como su nombre lo indica, bajo esta tradición, MacNeish incluyó sitios caracterizados por la presencia de choppers, hendidores (cleavers) y herramientas denticuladas y cóncavas muy burdas.
2. **TRADICION DE LASCAS Y HUESO:** desde hace unos 15.000 hasta hace unos 13.000 años. MacNeish caracteriza este complejo por una reducción en la proporción de las herramientas de núcleo y una súbita abundancia de herramientas hechas de lascas: puntas de proyectil, raspadores laterales, perforadores (gravers), buriles, y herramientas denticuladas y cóncavas. Para MacNeish el elemento más importante en esta tradición es la presencia del hueso, incluyendo puntas de proyectil (aunque otros estudiosos estarían en desacuerdo en calificarlas como tales), leznas (awls) y raspadores. Aparte de Ayacucho, él cita a Exacto en el Ecuador y El Abra en Colombia como otros sitios representativos de esta tradición.
3. **LA TRADICION DE HOJAS, BURILES Y PUNTAS DE HOJA:** desde hace unos 13.000 hasta hace unos 10.000 años. Según MacNeish, el sitio suramericano donde mejor está representada esta tradición es el muy conocido de El Jobo en Venezuela. Allí se encuentran puntas, hojas, buriles y raspadores de núcleo.
4. **LA TRADICION ESPECIALIZADA DE PUNTAS BIFACIALES:** Desde hace unos 11.000 hasta hace unos 8.000 años. Se caracteriza por puntas de proyectil desfleadas bifacialmente, las cuales —en opinión de MacNeish—, representan sin duda alguna una especialización hacia la caza mayor. Otros implementos característicos de esa tradición incluyen cuchillos y raspadores especializados cuya función probablemente fue la de despellejar y descuartizar los animales cazados. Aparte de Ayacucho, esa tradición estaría representada en la cueva de Fell en el sur de Chile, además de muchos otros sitios en Suramérica. Todos esos complejos tienen en común una especialización hacia puntas de proyectil desfleadas bifacialmente y de una factura extraordinaria.

Ahora, sobre el origen de la tradición más antigua de núcleos, según MacNeish, su prototipo se encuentra en la tradición de choppers y chopping tools de Asia.

Sin embargo, es importante señalar que hay arqueólogos escépticos quienes ponen en duda las conclusiones de MacNeish, especialmente en lo que concierne a las fechaciones más antiguas. Estas, de ser correctas, corresponderían a los hallazgos más antiguos fechados hasta ahora en Suramérica. Arqueólogos como Cardich, Lynch y Haynes han puesto en duda que esos artefactos sean realmente el resultado de actividades humanas, o sea que hasta cuestionan que sean "artefactos" y no simples guijarros. En otros casos han cuestionado las fechaciones por C14.

Las fechaciones más antiguas de Ayacucho corresponden a la llamada fase Pacaicasa de la cueva de Pikimachay. Hay una fechación por C14 del 17.650 a.C. de los laboratorios de UCLA, la cual está confirmada por otra fechación de 18.250 a.C. realizada por otro laboratorio, el Isotopes Inc. sobre una parte del mismo hueso trabajado que fechó UCLA. Según Richard MacNeish, Thomas Patterson y David Browman (1975), esas fechaciones son incuestionables. Para ellos también está fuera de toda duda que las herramientas asociadas a ese estrato son el resultado de actividades humanas. Las mismas fueron estudiadas por tres expertos en tecnología lítica, los Srs. Phagan, Knudson y Nelken Turner. En el mismo estrato se encontraron además cerca de 100 lascas y núcleos, algunos de los cuales eran extraños a la cueva, en asociación con 96 huesos de animales extintos, algunos de los cuales (cerca de 8) estaban trabajados. MacNeish, Patterson y Browman han dicho a sus críticos que, "a pesar de que se han expresado algunas dudas respecto a que estos objetos sean herramientas, esto sólo ha ocurrido entre quienes no han estudiado los artefactos en cuestión" (1975:13).

En Colombia solo Gerardo Reichel-Dolmatoff ha usado sistemáticamente en sus diferentes publicaciones una nomenclatura clara en las periodizaciones que presenta para la arqueología del territorio colombiano. En todas ellas se refiere a las ocupaciones más antiguas como pertenecientes a una Etapa Paleoindia (Reichel 1965-1982). Gonzalo Correal se ha referido indistintamente a este período como una etapa precerámica y paleoindígena (Correal 1977). Gerardo Ardila se refiere unas veces a una etapa mesoindia y otras a una etapa mesoindígena, estableciendo implícitamente la existencia de un paleoindio o paleoindígena (Ardila: 1983). Lucía Rojas de Perdomo (1980) habla de Paleoindio o etapa lítica, homologando ambos términos.

Como puede observarse, para Colombia hay un indudable uso de la terminología que han popularizado Rouse y Cruxent, la cual se empezó a usar desde 1957 por parte del arqueólogo A. G. Smith.

Recapitulando las principales periodizaciones que se han propuesto para el continente americano, tenemos que partir del principio que las periodizaciones en arqueología, lo mismo que en cualquier ciencia social tienen como fin primordial el hacer más comprensibles los datos y facilitar así las comparaciones entre diferentes regiones. Después de observar las diversas periodizaciones que se han propuesto para la época correspondiente al más antiguo poblamiento de América, tenemos que concluir que esas periodizaciones no han cumplido ese fin, y no sólo eso, sino que casi que podría afirmarse que lo que han logrado es exactamente lo contrario: crear confusión y una total maraña de datos muy difíciles de homologar a la terminología usada por cada autor.

Las periodizaciones tienen sentido si todos los arqueólogos de una región (en este caso América) se acogen a una sola que sirve como punto de referencia para los descubrimientos que se hagan en cualquier parte de esa región. Pero estamos viendo que existen por lo menos 5 periodizaciones (pues sólo he expuesto las más conocidas y usadas) que son usadas indistintamente por parte de los arqueólogos que investigan en el continente americano.

Debemos tener presente, como lo ha señalado el arqueólogo Earl Swanson (1959) que toda periodización no es más que una representación estática de etapas tecnológicas. De ahí que las periodizaciones nunca deben tomarse como una historia de lo que pasó sino simplemente como una ayuda metodológica para ordenar los datos. Están equivocados quienes piensan que el ordenar sus datos por regiones o períodos están haciendo historia. Pretender que una periodización se conforme a una realidad social es una incomprensión total de la taxonomía como herramienta metodológica.

BIBLIOGRAFIA

- ARDILA, Gerardo. El Arcaico en el Altiplano Andino Colombiano. *Boletín de Antropología*. Vol. V, Tomo II, 1983.
- CORREAL, Gonzalo. *Investigaciones arqueológicas en los abrigos rocosos del Tequendama*. Biblioteca Banco Popular, Bogotá, 1977.
- , y María Pinto. *Investigaciones arqueológicas en el Municipio de Zipacón, Cundinamarca*. Banco de la República, Bogotá, 1983.
- CHILDE, Gordon. *Los orígenes de la civilización*. Fondo de Cultura Económica, México, 1967.
- KRIEGER, Alex. Early man in the New World. En *Prehistoric Man in the New World* editado por Jennings y Norbeck. The University of Chicago Press. 1964.
- . Replica a Bird. Reimpreso en *El Hombre Primitivo en América*. Eds. Nueva Visión, Buenos Aires, 1965.
- LANNING, Edward y Thomas Patterson. Early man in South America. *Scientific American*. Noviembre, 1967.
- MACNEISH, Richard. Early man in the Andes. *Scientific American*. Abril, 1971.
- , y Patterson y Browman. The Central Peruvian Prehistoric Interaction Sphere. *Papers of the Peabody Foundation for Archaeology*. Vol. 7, 1975.
- REICHEL-DOLMATOFF, Gerardo. *Colombia*. Thames and Hudson. Londres, 1965.
- . Colombia Indígena. En *Manual de Historia de Colombia*. Tomo I. Procultura, Bogotá, 1982.
- ROJAS DE PERDOMO, Lucía. *Manual de Arqueología Colombiana*. Carlos Valencia Editores, Bogotá, 1980.
- ROUSE, Irving. The Caribbean Area. En *Prehistoric man in the New World*. Editado por Jennings y Norbeck. The University of Chicago Press.
- y José Cruixent. *Venezuelan Archaeology*. Yale University Press, New Haven.
- SWANSON, Earl. Theory and History in American Archaeology. *Southwestern Journal of Anthropology*. Vol. 15, 1959.
- WILLEY, Gordon y Philip Phillips. *Method and Theory in American Archaeology*. The University of Chicago Press. 1970.